

Esta escena se repite en términos parecidos.

Juegos como la momita, el pan y queso, la monja y el diablo, la canasta de flores y otros por el estilo, sólo se ponen en acción, por su extraordinario movimiento, en los patios ó en los jardines de las casas veraniegas, en noches de luna; pero existen otros, menos agitados para los que la sala ú otro departamento de una habitación, ningún inconveniente ofrecen, como la momita con vara ó sea la anderga, el estiren y aflojen, Anton Perulero, el buque cargado de mercancías, el zapatero, vuelen vuelen y otros en tan gran número como el de las penitencias.

Antes de disolverse la reunión de las familias, los bulliciosos jóvenes abandonan el patio y vuelven á la habitación y se instalan en la sala para entregarse, como final de fiesta, al juego conocido con la repetida palabra "vuelen, vuelen."

Alternados hombres y mujeres y sueltas las manos, se colocan en torno del director ó directora del juego. Al decir ésta, levantando los brazos: "vuelen, vuelen patos," los demás levantan los suyos moviéndolos á imitación del aleteo de las aves. La directora prosigue diciendo sucesivamente: "vuelen, vuelen canarios," "vuelen, vuelen palomas" y los circunstantes repiten el mismo ejercicio, hasta que de improviso dice aquélla: "vuelen, vuelen conejos," momento en que la risa y burla de los que por avisados contienen el movimiento de sus brazos, advierten á los distraídos que no cesan de agitar los suyos, que los cuadrúpedos no vuelan. Los que incurren en tal error entregan sus correspondientes prendas, para la imposición de los castigos, de los cuales el siguiente no debe considerarse como tal, sino como un hecho afortunado.

A la consabida pregunta,—¿qué le mandas al dueño de la prenda que va á salir? una responde:

—Que se vaya al pozo.

El joven á quien su buena suerte le ha deparado tan agradable penitencia, se retira á un extremo de la pieza, ocultándose tras de algún mueble, y se le pregunta:

—Ya te hundiste en el pozo?

—Ya.

—¿A cuántas varas?

—A diez.

—¿Quién quieres que te saque?

—Fulanita.

La nombrada se dirige al lugar en que se encuentra el feliz penitenciado, da á éste la mano para que se ponga en pie, simulando que lo saca de la cisterna, y le da tantos abrazos cuantas son las varas de profundidad á que fué hundido.

Otras penas se imponen como la recitación de versos, tocar algún instrumento y cantar ó vocear ciertas mercancías imitando á los vendedores ambulantes. Hacer el espejo reproduciendo las contorciones y visajes de otra persona. Decir á cada uno de los presentes un favor y un disfavor, caso comprometido para los desmañados y poco circunspectos, mas no para los avisados que convierten en una flor la descortesía, diciéndole á una joven, por ejemplo, es usted hermosa, pero presumida y falta de mérito sólo podrá decirlo la que envidie sus relevantes cualidades. Hacer un ramillete y ofrecerlo á la persona más querida, es otra penitencia que no puede reputarse como tal, á menos que con marcada intención ó por falta de seso, lo que no acontece entre gentes de la buena sociedad, designe á unas damas con los nombres de preciosas flores como el clavel y la rosa, y á otras con los de ásperas é ingratas plantas como el cardo y la cabezuela. Convertirse en la "esquina de provincia" es castigo que rara vez se impone entre la gente de buena educación por ser pocos los actos que, sin desdoro de ésta, pueden ejecutarse. Para referir las inconveniencias á que tales escenas del juego se prestan, conviene saber que se da el nombre de "Esquina de Provincia," al ángulo saliente del baluarte norte del Palacio Nacional, baluarte en cuyas paredes se fijaban, en otros tiempos, los decretos del Gobierno y bandos de policía, como los avisos de todo género y pasquines, y en cuyo inmundo recodo acudían, al igual de los perros callejeros, los borrachos y pilluelos para quebrantar las disposiciones de policía.

Otras veces los alegres tertulianos eligen el entretenimiento de las charadas animadas, que está de moda, el cual consiste en que las personas en combinación con diversos objetos, dan las indicaciones para descifrar el enigma propuesto. Por eso verás, amigo mío, que en

el fondo de una tina inversamente colocada en el suelo, ponen al perro de la casa y se pide la solución de la charada, que no es otra que *Can-tina*: juntan á dos individuos uno que se apellida Lobo y el otro que se distingue por obeso, y de esa unión resulta *gordo-lobo*. En una cama sientan á un currutaco barbado y melencólico, lo que debe dar por solución de la charada: *Cama-león*, siendo de advertir que á

los tipos de la especie indicada se les da el nombre de leones, ó bien en la misma cama sientan á otro individuo de rostro desgraciado, tuerto y, por añadidura, picado de viruelas, circunstancias que concurren en él para calificarlo de feo, indicio claro para descifrar el enigma: *Cama-feo*.

Basta con lo expuesto para conocer el entretenimiento de los juegos de salón.



VII

ESPANTAR EL SUEÑO A LOS NIÑOS.

TE obligué, mi buen amigo, á concurrir á una tertulia de la buena sociedad, y estaría dispuesto á llevarte á otros hogares para que observaras las escenas en que se hace intervenir á los niños, con el fin de *espantarles* el sueño, mas la narración que de ellas te haga por escrito, te ahorrará el fastidio que pudieran producirte, siendo, por tanto, inútil tu presencia, cuando á tu arbitrio queda suspender la lectura cuando quisieres. Si soy prolijo en esta mi narración, sin omitir sandías escenas, debes tener presente que éstas se hallan de acuerdo con mi propósito, cual es dar á conocer, aun con sus nimios detalles, los actos de la Sociedad Mexicana, á mediados del Siglo XIX.

Mientras las personas mayores juegan al tresillo ó á la malilla, y las jóvenes disfrutan de los placeres que proporcionan la música, el canto ó los juegos de salón, á los niños se les entretiene, en retirado aposento, con historietas y consejas que alguna anciana de feliz memoria les relata. Rodeada ésta de su infan-

til auditorio, formado de niños de la casa y de la gente de escalera abajo, de algunas señoras mayores y de las criadas, refiere, cuando bien librados salen los oyentes, las aventuras de Pulgarcito, de la Caperucita Encarnada, del Gato con botas y de otros protagonistas de los cuentos de Perrault, pues las más veces, la buena Señora adopta para temas de su narración tradiciones terroríficas, como las de *Don Juan Manuel*, *La Llorona*, *la Mulata de Córdoba* y *El Coche de lumbre* ó bien, hechos criminosos, como los asesinatos de Dongo á fines del Siglo XVIII, ó espeluznantes, como *El Manto Verde de Venecia*, ó las patrañas que, por vía de ejemplo, se mantienen vivas, y en las que figura como actor principal, unas veces, el diablo con cola y cuernos, que cuando habla echa chispas por la boca, y otras, un muerto que anda por las azoteas, se asoma por las citarillas y amenaza á los vivientes con descolgarse, diciendo con voz cavernosa, "caigo ó no caigo;" ora son brujas con sus ojos de lumbre, que se entregan á la danza infernal

como preludio de sus fechorías y ora, en fin, *nahuales*, que chupan la sangre á los chicleños. Como las narraciones van acompañadas de mímica exagerada, suele suceder que en el ardor del entusiasmo y como berrugracia, la historiadora se lance al cuello de una criada y la medio acogote.

El intento de espantar el sueño á los niños va más allá de lo que se desea, pues ya en la cama, se apodera de ellos un sueño intranquilo, asaltado muchas veces por pesadillas.

Como tales escenas ejercen perniciosa influencia en la educación del niño y contribuyen á formar su carácter, no podemos menos tú y yo, querido amigo, que reprobar costumbre tan perjudicial, aunque felizmente va ésta desapareciendo.

La recitadora de cuentos da principio á cada uno de ellos con estas frases:

—Están ustedes para bien saber y yo para mal contar (en lo que dice una verdad palmaria) que éste era un príncipe y luego sigue el desarrollo de la historia en la que los demás actores son, una hermosísima princesa y un buho, gran encantador, que convierte á aquélla en siervecilla; enúmeranse los grandes trabajos del príncipe para el desencanto de su amada, al que se opone el buho; describense maravillosos bosques donde el príncipe encuentra á la siervecilla y al tocar al desencanto un grito infernal del buho, transforma á aquélla en chicharra que va á morar en la margen de un cristalino río; allí, el penetrante chirrido del insecto atrae al príncipe que no cesa de buscar á su bien amado, y á tiempo de efectuarse el desencanto, otro grito del buho se escucha, y sale de aquel lugar, hendiendo los aires, una nítida paloma, á la que siguen el príncipe y los de su comitiva á todo correr de sus caballos; refiérese que la preciosa ave entra en un palacio rodeado de jardines y habitado por el grajo, otro encantador, gran enemigo del buho y, como es de día, el poder de la comadreja se sobrepone al de aquél, y el desencantamiento se efectúa: el príncipe regresa á su palacio con su bella prometida, reina el contento, celébranse los esponsales, siguen las fiestas reales, y el cuento se acaba *entrando por un callejoncito y saliendo por otro más bonito*.

Un niño de la casa, curioso y preguntón

como todos los niños, interroga á la narradora:

—¿Qué es buho nana?

Ave de rapiña y de pico corvo, como el perrico de tu papá.

—¿Y siervecilla?

—Un animal bonito, sin cuernos, como la galga de tu mamá.

Con esta aclaración todos los niños se muestran muy contentos, pero apartándose de la rueda el más inquieto dícele la recitadora:

—Estate quieto Pepito y vé á sentarte entre tus dos hermanitas.

—Si no *cabo*, responde el niño, que como todos los de su edad no entiende de irregularidad de los verbos.

—No seas *cuatrero* (el que dice disparates) le replica la que trata de corregirle.

Con la recitación de otros dos ó tres cuentos de corte del anterior, termina la velada y los niños se van á acostar.

En tales tertulias, consentidas por las familias, entre niños y criadas, además de los resabios que aquéllos adquieren, habitúan su oído á expresiones mal sonantes y á no pocos barbarismos, como los engendrados y difundidos por la clase baja de la sociedad, pues oyen decir: *se trompezó*, por se dió un pelezón, *me revolví* por regresé, *de altiro se pela* por abusa usted demasiado, *truje el recaudo* por traje las verduras, *mas que nunca* por nada me importa, *quiaque que lo vide* por lo ví hace tiempo, *á naiden he raptado* por á nadie he robado, *esculcar los trapos*, por registrar la ropa, *tapar* por cubrir ó abrigar, *haiga* por haya, *rotar* por romper, *daca ó deque* por dame y deme, *jalar* por tirar de una cuerda, ó por estirar, *chispar* por desprender, *agarramos*, en lugar de nos dirigimos por tales calles, *estar de flato*, por estar de mal humor, *arrollar* por arrullar al niño, *hacerse el guaje*, por hacerse el tonto, *el Beático* por el Viático; *ñango* por desmedrado y, como éstas, otras muchas frases que forman un vocabulario de disparates, tan extenso como puede serlo el diccionario de la Academia. Los que convierten en esdrújulos los verbos, en el plural del presente de subjuntivo, diciendo váyamos, báilemos, tráigamos, véngamos, etc., y cometen dobles barbarismos diciendo vuélvamos y muéramos, han tenido su primera escuela evidentemente en tales tertulias, pudiéndoseles apli-

car el epigrama del ilustrado Conde de la Cortina.

—¿Quién te enseñó la lengua castellana?

—Quién había de ser, sino mi nana.

Así es que son muy pocos los que están exentos de incurrir en faltas gramaticales en sus conversaciones y en sus escritos.

Como en la música y en la pintura, los malos principios producen malos artistas, así los resabios adquiridos en la niñez ejercen su perniciosa influencia en la edad madura.

Todo esto que te refiero mi buen amigo, no tiene por objeto, hacerme pasar por maestro, que tal idea ni soñada la he tenido; pongo en relieve tales hechos, con el exclusivo fin de exponer las causas de nuestras faltas, en lo que respecta á la rica y hermosa habla castellana.

* * *

Continuemos observando las veladas de los niños, cuyos pormenores por frívolos que parezcan, nos dan la necesaria materia para conocer bien el carácter de la sociedad.

En ocasiones la encargada de entretener á los pequeñuelos los fastidia con sandeces, como los cuentos de *la buena pipa* y del *gato, con sus piés de trapo* y *sus ojos al revés*, ¿quiere que te lo cuente otra vez?

Unas veces, obliga al niño á que presente abierta la mano derecha, para señalar y dar nombre á cada dedo, comenzando en el meñique y terminando en el pulgar, nombrándolos sucesivamente:

Niño chiquito y bonito,

El señor de los anillos,

El tonto y loco,

El quiebra platos y lame cazuelas,

El mata gorgojos.

Y otras veces poniéndose en pie el niño tómallo una criada por las manos y lo hace oscilar fuertemente de adelante para atrás, diciendo:

“Los maderos

De San Juan

Piden pan,

No les dan,

Piden queso

Les dan un hueso

Ric ric ric,”

momento en que se da al niño groseras sacudidas, que lo hacen reír nerviosamente en vez de hacerlo llorar.

A estos entretenimientos siguen los de las disparatadas y, casi siempre, sosas adivinanzas, como las que siguen:

“Sala barrida,

Patio regado,

Sale un negrito

Muy empinado.”

—El pinacate, contestan alborozados los niños, quienes mil veces han dado la respuesta.

Algunas veces, en los exámenes escolares, suelen hacerse preguntas semejantes á la siguiente proposición:

“Agua pasa por mi casa

Cate de mi corazón” etc.

Y no pocas veces se responde: melón.

Circunstancia por la cual la bola negra está pidiendo á gritos entrar en la ánfora.

“Somos siete hermanas,

Yo la primera nací,

Soy de todas la más chica

¿Cómo puede ser así?

Las personas de la servidumbre reconcentran todos sus sentidos en la proposición: unas levantan la cara y miran el techo como pidiéndole inspiración, otras inclinan la cabeza y se llevan la mano á la boca, señal inequívoca del silencio y de la meditación, mientras los niños alelados, se contemplan unos á otros. Pasados algunos instantes, una joven marisabidilla, se da en la frente una palmada, y dice:

—Ya sé lo que es, *la Semana*.

—No es eso.

—¿Cómo que no es? pues no son siete los días de la semana, y el primero de ellos, el lunes, que lo hacen más corto los artesanos, cuando no lo suprimen por completo.

—Pues entonces ¿que será . . . ?

—¿Se dan ustedes por vencidos?

—Sí, contestan muchos á la vez.

—*La Cuaresma*, que consta de siete semanas, de las cuales la primera es la más chica, pues que comienza el miércoles de ceniza.

—¡Ah! ya, *endeveras*, prorrumpie una de las nanas llena de admiración.

—*Acheale*, (eso es) grita enfáticamente la galopina.

Los acertijos que por repetidos resuelven prontamente los niños, son del tipo siguiente:

“Por adentro colorado,

Y por afuera como salvado.”